

Lidia Santelices

La originalidad en la segunda parte de "Las mocedades del Cid"

(Guillén de Castro)

Muy contadas son las ideas, escenas o recursos dramáticos empleados por Guillén de Castro en esta obra que no se encuentren también en Crónicas o Baladas.

Son tan escasos los hallazgos de innovaciones, que será necesario analizar minuciosamente pequeñas alteraciones, o cierta acentuación que Castro más firmemente en algunos caracteres para que los esfuerzos no resulten del todo fallidos.

Más fiel a la verdad histórica o a la tradición que en la primera parte, a veces conserva episodios que no tienen relación de gran valor con el argumento mismo; en otras altera el orden de los acontecimientos, combina dos episodios en uno para concentrar la acción; suele recortar de los romances lo más dramático y expresivo; de varias versiones del mismo tema suele escoger la mejor o detallar las situaciones que sólo bosquejan las Crónicas y Romanceros y, por fin, el elemento puramente narrativo de las fuentes tiene que convertirse en diálogo, lógica y naturalmente, para adaptarlo al género dramático.

Estudiaremos separadamente:

- 1) Los caracteres;
- 2) La contribución original de mayor importancia;
- 3) Las alteraciones de detalle, y
- 4) Forma, estilo, etc.

I.—CARACTERES

Estamos muy de acuerdo con los que opinan que esta no merece llamarse «Las Hazañas del Cid» sino el Cerco de Zamora.

En realidad *el Cid*, como carácter, tal vez ocupa aquí el segundo o tercer lugar y sus hazañas—si es que las hay—son de muy escaso brillo. No es el aspecto heroico de Rodrigo el que Castro ha realzado aquí, sino el aspecto humano; su nobleza y rectitud resaltan más que sus proezas.

Desde el primer momento nos parece más pasivo y más fiel a la voluntad del Rey Fernando que en las Crónicas y Romances; pero, a pesar de su razonada pasividad, es más temible al enemigo por las hazañas de las mocedades, tal vez. Cuando va a libertar a Don Sancho, que ha sido hecho prisionero, los soldados que lo custodiaban huyen sólo al oír su nombre: «El Cid! Huyamos! El nombre sólo bastaba!» (1) mientras que en el Romancero «peleó con todos ellos... los trece deja vencidos» (2).

Una vez libre, Sancho lamenta su posible derrota; el Cid sólo responde: «pues, vuelve a vencer:—qué aguardas?», (3) cuando en una situación semejante el Cid del Romance le aconseja arteramente que aproveche el descuido del enemigo y lo derrote por una sorpresa que tiene visos de ataque por la espalda.

Vuelve a marcarse el carácter de Rodrigo en un tono diferente, como si luchara constantemente por mantenerse leal a Sancho sin ofender a sus hermanos; sus palabras son más reposadas, más dignas y nobles en cada ocasión. La suerte ha sido adversa a Alfonso, según todas las versiones. En la Crónica Particular del Cid (XLVI), Sancho deja libre a su hermano a ruegos de Urraca, el Cid y Peransules, confiando en que se hará monje en Sahagún, desde donde se fugará Alfonso más tarde. En el Romance 765 ya citado, su actitud es muy otra: «A Burgos llevaron preso—a Alfonso—por el gran esfuerzo y fechos—de aquese Cid Castellano». Castro, por el

(1) *Las Mocedades del Cid*, II P., Madrid 1923, Clás. Cast., Vv. 40 y 237.

(2) *Romancero General*, Col. Agustín Durán, T. I., B. A. E., Madrid, 1859.

N.º 765.

(3) Castro, ob. cit., v. 44.

contrario, llega a hacerlo cómplice de la huida, al prometer al vencido: «Nuestras armas no te ofenderán, Señor...»; después que Ordóñez le ha aconsejado: «Ponte en cobro, Dios te valga!» (1).

Tal vez para señalar el contraste, el Don Sancho de Castro se presenta en esta ocasión más sañudo e inhumano: «Pren-
ded, matad a mi hermano! No se escape, no se vaya!» (2), pero Rodrigo no se inmuta y se atreve a oponerse al Rey y a contradecir sus órdenes en su presencia, «como rémora para sus furias»:

«Si al enemigo que huye
le hacen puente de plata
por qué a un hermano persigues?
Detenéos, gente arrojada!» (3).

Don Sancho se vuelve feroz, amenaza beber la sangre de sus hermanos y dejarles apenas la tierra necesaria para cubrir sus cadáveres: «y no han de tener más tierra—que cuando encima les caiga—solamente siete pies...» y ordena al Cid lo acompañe contra Zamora, pero éste se niega a combatir:

«Con mi lealtad ordinaria
a defender tu persona
siguiendo iré tus pisadas;
pero vame juramento,
y no saldrá de mi vaina
mi espada contra Zamora...» (4)

En el Romance 783 se hacen alusiones a estas advertencias y juramento del Cid, pero después de la muerte del Rey. El recurso de Castro al poner dichos consejos en un momento más oportuno, antes del ataque, da más energías e independencia a su carácter, pues cara a cara arrostra las iras del monarca, en pro de sus ideales.

La respuesta que en ocasión semejante da Rodrigo en la obra de Juan de la Cueva (5) es muy parecida en el fondo a la

(1) Castro, ob. cit., vv. 71 y 73.

(2) Castro, Ob. cit., vv. 66 y 67.

(3) Castro, Ob. cit., vv. 73 y siguientes.

(4) Castro, Ob. cit., vv., 168 y siguientes.

(5) Comedia de la Muerte de don Sancho, Juan de la Cueva, Madrid, 1917, Vol. I.

que Castro ofrece: «Cuando fueres contra moros—será primero mi lanza—y allí te daré venganza—y gastaré mis tesoros—mas, ir contra zamoranos,—ser nosotros su cuchillo—a quién no admira el oílo...? (1).

Tal vez el Cid de Castro se asemeja más al de Juan de la Cueva en este aspecto conciliador, sin que esto quiera decir que la obra representada en 1579 (2) sea base de la que estudiamos.

Hay en aquella un empleo muy reducido de los romances y otras alteraciones—personajes como Alfonso faltan—que demuestran que Castro bebió su inspiración en fuentes más ricas.

Luego nos encontramos con *Arias Gonzalo*, una figura que se va agigantando firmemente a través de la obra hasta adquirir proporciones homéricas. Nos atreveríamos a decir que es la más grande, la más trágica y patética de todas las figuras del drama. Ni el Cid, ni el valeroso, pero demasiado rudo Diego Ordóñez, logran igualarle jamás. Castro ha sabido retocar magistralmente el esbozo de ese viejo patricio heroico y mártir que nos daban las fuentes.

Ha insistido con afortunada persistencia en el aspecto paternal del anciano que procede en todo instante con Urraca como si fuera su verdadera hija, más que eso, la antepone a todos sus vástagos. Por el arte y por la ética hizo muy bien Castro en desoír todas las ruines alusiones que en Crónicas y Romances empañan tan bello carácter dándonos a sospechar que «avía que ver con donna Urraca» (3).

Al ahondar en sus sentimientos, al estar en contacto con el ser humano que Castro nos da, nos resulta más grande su sacrificio, más valiosa su lealtad, más sangriento su desgarrarse a pausas al inmolar sus hijos uno a uno. Cuando lo retrata podemos hallar trozos que faltan por completo en las obras precedentes: es que el autor está ahondando en la mina que sus antecesores apenas excavaron; v. gr., la escena en que Arias consuela a Urraca en «habiendo un portillo en la muralla—mis hijos pondré en él después del pecho!». Sus hijos no lo des-

(1) Comedia de la Muerte de don Sancho, Juan de la Cueva, Madrid p. 25, vol. I.

(2) Según E. Merimée: Las Mocedades del Cid, Préface, p. 87, Toulouse, 1890.

(3) Crónica General, Cap. 835. Id. del Cid «porque fazedes mal vos... con ella». Cap. 60. Romance 806: «porque dormís con la Infanta...».

mienten y los tercetos en que ellos hablan y la escena que sigue con Bellido parecen obra genuina de Castro (1).

Igualmente valiosa contribución nos parece la escena del combate, Arias y sus hijos sobre la muralla (2). muy de su carácter es el firme y digno discurso a don Sancho:

«Respetando tu corona
si subes solo, besaré tu mano;
pero el que te acompañe, por mis brazos
al suelo ha de volver hecho pedazos».

El heroísmo del anciano es conmovedor, sabemos que es obra de su voluntad de hierro, que «puras fuerzas de flaqueza saca» y que luego exclamará su arcilla miserable, incapaz de contener los bríos de su espíritu: «No puedo más, ay, cielo! Ah, zamorano—valor! dónde te escondes? ¿qué te has hecho?

Pero donde Arias Gonzalo alcanza toda su grandeza es en el Acto III; cada rasgo, cada gesto suyo tiene toques de la tragedia íntima que le arrebató el alma. En los romances es más bien un soldado rudo y pundonoroso, el deber prima en él con menor esfuerzo, mientras en Castro su dolor es humano, la lucha es más difícil y desgarradora. El calor de vida, la exquisita ternura, los toques delicados son de nuestro autor. Recordemos cómo insiste en salir al campo para no ver morir a sus hijos (3), pues «le promete el quedar—mayor pena que el salir».... No espera vencer, sólo aspira a embotar la espada del enemigo para que «corte en sus hijos menos».

Y así todas las escenas en que presencia los tres combates. Las situaciones no son originales en el fondo, pero sus comentarios tienen una grandeza y un valor emocional y artístico mucho más acentuados que en los romances.

Arma a sus hijos con el patriotismo de un Horacio y con la dolorosa resignación del que ofrece una víctima a un dios implacable. Como Pedro Crespo—el famoso Alcalde de Zalamea—aconseja a sus hijos antes de entregarlos a las armas, pero en una situación mucho más premiosa. Las animadas descripciones y vivos comentarios del combate: «con el encuentro ha perdido—del arnés la mejor pieza...» (4) nos parecen completamente originales.

(1) Castro, Ob. cit., vv. 183-274.

(2) Castro, Ob. cit., vv., 439-518.

(3) Castro Ob. cit., vv. 2000 y siguientes.

(4) Castro, Ob. cit., vv. 2340 y siguientes.

Diego Ordóñez tiene en esta obra una personalidad más fuerte y definida; su carácter está más marcado que en los romances donde toda su actuación se reduce al «repto» y al combate. Aquí es a veces consejero o confidente del rey, especie de favorito que combate a su lado. Para hacerlo más fuerte tal vez no quiere Castro que acepte bebidas ni el descanso que le ofrecían después de cada pelea en las crónicas. Su monólogo a las riendas (1) es muy típico de Castro (a excepción del trozo comprendido entre los versos 2618 y 2625 que tiene su paralelo en los Romances).

La personificación, el estilo nos recuerda la del «sol que temía ser partido» y otros.

Tal vez por no sernos muy simpática se nos iba olvidando; la *Infanta Urraca* no presenta variantes. En todas partes nos sorprende encontrar su actitud a lo Pilatos; elude responsabilidades directas, pero acepta tácitamente lo que le conviene. Tanto en las Crónicas como en los Romances, después de haber dado la «idea fuerza» como diría un psicólogo—«a furto o paladina» haré que le den la muerte»—(2), cuando habla con Bellido dice: «non te mando que fagas mal...» Es hipócrita, procede con doblez. Tiene que entender forzosamente las intenciones de Bellido: «confía de mi industria y de mi suerte—el darte con una muerte—Zamora libre en un día» (3), pero no quiere comprometerse, es muy «paladina» para evitar riesgos. «Calla, si es traición; y en mi querella—escusará el no sabella—la culpa de no escuchalla...!» Castro nada hizo por embellecer esta figura que secretamente parecía profesar la máxima maquiavélica: el fin justifica los medios... Urraca nunca piensa siquiera en evitar la traición; lo que le interesa es disculparse cuando el caso llegue... y llegará con su estímulo tácito.

II.—LAS CONTRIBUCIONES ORIGINALES DE MAYOR IMPORTANCIA

No hemos podido encontrar antecedentes en los siguientes casos:

(1) Castro, Ob. cit., vv. 2598-2629.

(2) Crónica General, Cap. 832 y 835. Romances 770 y 806.

(3) Castro, Ob. cit., vv. 603 y siguientes.

- a) Escenas amorosas de Zaída y Alfonso,
- b) Visión del Rey Fernando y las alteraciones que causa,
- c) Traición de Bellido acentuada como obra de la Justicia divina, y
- d) Detalles de la muerte de Rodrigo Arias.

A) En el acto primero nos trasladamos a Toledo donde Alfonso recibe la más cordial acogida del Rey Alimaimón. El tema de esta escena no es original, pero Castro introduce aquí la persona y los amores de Zaida, como introducción probablemente a aquella en que Alfonso finge dormir para escapar el peligro (1). Esta intriga amorosa da alguna variedad al tono puramente guerrero del drama, pero es un simple episodio que no está íntimamente ligado al argumento y pudo haberlo suprimido como lo hiciera Juan de la Cueva con Don Alfonso. La figura de Zaida se menciona, pero muy escuetamente en la Crónica General (Cap. 847) como hija de Aben Habet, rey de Sevilla, que se hizo bautizar y dió a Alfonso las mismas ciudades y tierras de que habla Castro (2).

B) Pero donde está tal vez su mejor contribución original es en la aparición de la sombra del rey Fernando, evocada por Urraca con los cabellos descompuestos en la furia profética de una pitonisa. Sancho se exaspera con sus amenazas y ordena «pasarle el corazón con una saeta». Luego lanza osadamente su desafío a ultratumba: «Tu padre llamas...» Y la aparición que Gassier llama shakespeariana del Rey Fernando, armado de un venablo sangriento amedrenta al atrevido, al predecirle su próxima muerte.

La escena en que don Sancho y Diego Ordóñez comentan la visión del Rey (3) necesariamente falta en los romances, puesto que falta también la idea primordial.

C) Las vacilaciones de Bellido sobre la rectitud de su proceder, lo mismo que sus alusiones a que es sólo un instrumento del cielo parecen nuevos en Castro (4).

Por qué presentó a Bellido como Zamorano, si las fuentes insisten en que no lo era? Querría atenuar su traición, realzando su patriotismo y su más loable interés en salvar a Zamora?

D) Hemos buscado con especial cuidado los detalles de la muerte de Rodrigo Arias, antes de dar a Castro el honor

(1) Castro' Ob. cit., vv. 1626-1865.

(2) Ob. cit., vv. 364 y sigs.

(3) Ob. cit., vv. 663-725.

(4) Ob. cit., vv., 1072 y sigs.

que merece por esa escena tan dramática y tan siglo de oro del guerrero moribundo, interesándose más por el resultado del combate, por el honor de su causa que por su propia vida, mientras los Fieles del campo deciden el resultado dudoso.

Esta escena merece elogios sin reservas y le pertenece, pues tanto en los romances como en las Historias y Crónicas, muere en el campo de batalla, sin decir palabra que valga la pena. Castro, al darle una agonía larga, pero de heroica y extremada lucidez, ha enriquecido su obra con uno de los trozos más emocionantes y artísticos de todo el Siglo de Oro.

Como carácter es suficiente decir que Rodrigo Arias es digno hijo de su padre.

III.—ALGUNAS ALTERACIONES DE DETALLE

a) Hay en la obra una serie de pequeños cambios que no significan gran cosa, v. gr. Castro agrega una interpretación personal del por qué dice el Rey: «en la mano he de llevar—un venablo de ordinario...—para vencer a su estrella», pero en la Crónica General (C. 836) señalase el llevar el venablo dorado como cosa habitual de los reyes.

b) No hay acuerdo en la forma como dicho venablo llega a manos de Bellido. En la obra de Castro se le cae al Rey y Bellido lo coge; en el Romancero (ed. cit. N.º 780), Bellido lo había dejado escondido cerca de una muralla; en otros (777 y 779) el mismo Sancho encomienda el venablo a Bellido. Igualmente en la Crónica General y en la del Cid.

c) Idéntica disconformidad hay en cuanto al número de hijos de Arias, haciéndolos subir hasta quince algunas versiones.

d) La respuesta del Cid al verse desterrado por don Sancho en la obra de Castro es la misma que da el héroe a Alfonso en los Romances 811 y 812.

e) En los Romances (N.º 777 y 779, ed. cit.) y en la Crónica General (C. 836), don Sancho y Bellido cabalgan en la escena de la muerte del primero. Bellido «vuelve riendas al huir»; Castro lo hace huir a pie y el crimen se consuma cuando ambos están desmontados.

f) Se nota muy claramente que Castro quiso aprovechar el dramático apóstrofe que los Romances (769 y 774) ponen en boca de Urraca cuando el Cid va en embajada a pedir Za-

mora de parte de don Sancho. (1) Como él suprimió tal asunto, hubo de colocarlo en ocasión diferente: cuando el Cid va en persecución de Bellido hasta las murallas.

g) En la obra de Castro el Cid no va al destierro como en los romances (2) sino que es perdonado por Alfonso. En la Crónica General (3) tampoco se menciona el destierro después de la Jura.

IV.—FORMA, ESTILO, ETC.

Es curioso observar como Castro no quiso o no logró asimilar la sencilla rudeza de los romances, a pesar de haberlos urdido tan ingeniosamente para tejer su obra. A cada instante tropezamos con los zurcidos de la trama en que resaltan sus propios hilos combinados con los ajenos; el de peor oído, por el sonido tan diferente, podría reconocer dónde está la labor de Castro y notar sus arranques, a veces felices, a veces rebuscados y de un gongorismo inconfundible. Buen sastre, tuvo, sin embargo, algunos descuidos de vez en cuando al coser con sedas de diferentes matices. En la escena de la huida de Alfonso y el enojo de Sancho podemos ver muy claramente esta mezcla de tres estilos diferentes, dominando, tal vez, los trozos expresivos y enérgicos. En cambio, cuando Alfonso habla con Zaída y Alimaimón, la forma delata al instante que el autor no sigue aquí al Romancero. Los diálogos amorosos están llenos de rebuscadas figuras. (4)

En la escena en que Rodrigo se excusa ante la Infanta (5) Castro emplea a veces un discurso conceptuoso y falso: «lo irracional, lo insensible—muestra sentimiento humano...» aludiendo a espuela y caballo, pero luego se eleva hasta el fin de la escena en versos apasionados, briosos, excelentes:

«¿Por qué dices que te enojo?
¿Por qué piensas que te agravio?
¿Qué disgusto te procuro?
¿Qué decoro no te guardo?..

(1) Castro, Ob. cit. 1159 y sigs.

(2) Ed. cit., Nos. 811, 812 y 814.

(3) Ed. cit., N.º 845.

(4) Castro, Ob. cit., vv. 285 y sigs.

(5) Castro, Ob. cit., vv. 1215 y sigs.

Y así sigue su disculpa calurosa, sincera, humilde, pues nunca soñó que aun con sus alas fuera «posible volar tan alto». Es éste, aunque corto, uno de los mejores trozos y, sin duda alguna, muy superior al Romance 774 que concluye: «...pues de aquella torre mocha—una vira me han tirado—no traía el asta hierro—el corazón me ha pasado...»

Por fin señalaremos el caso en que el poeta pretende alejarse de los romances sin conseguirlo; con ese objeto cambia la asonancia, v. gr., del romance en «io» hace un trozo en «ao» pero inconscientemente tal vez conserva algunas de las viejas rimas. (1).

BIBLIOGRAFIA

- 1.—CASTRO, GUILLÉN DE: II Parte de Las Mocedades del Cid, Clásicos Castellanos, Madrid, 1923.
- 2.—ALFONSO, EL SABIO: Primera Crónica General. Ed. Menéndez Pidal, Madrid, 1906.
- 3.—Romancero General. Colección de don Agustín Durán, T. I., B. A. E., Madrid, 1859.
- 4.—Crónica particular del Cid. Burgos, 1593.
- 5.—MARIANA, JUAN DE: Historia de España. Vol. I. Madrid, 1780.
- 6.—CUEVA, JUAN DE LA: Comedia de la muerte de don Sancho... Madrid, 1917. Vol. I.
- 7.—MERIMEE, P.: Notes de Voyage au pays des ^a, épopées. Bulletin Hispanique, 1906.
- 8.—BEAVITT, STURGIS E.: Divine Justice in the Hazañas del Cid. Hispania, Marzo de 1929. Vol. XII, N.º 2.

(1) Castro, Ob. cit., Vv., 819 a 950.